



MEGAN MAXWELL

Las guerreras Maxwell, 10

UNA HERENCIA SALVAJE

*Las guerreras Maxwell, 10.
Una herencia salvaje*

Megan Maxwell

Capítulo 1



Castillo de Eilean Donan, Escocia

Habían transcurrido varios meses desde Navidad, y, un año más, la familia McRae al completo la había disfrutado.

En esta ocasión había sido muy especial, pues a ellos se les habían unido Alan McGregor, el flamante esposo de Johanna, la hija mayor del laird Duncan y lady Megan McRae. Alan era un joven abierto y divertido que, para deleite de sus suegros, demostraba su amor hacia su esposa y hacia ellos sin importarle el qué dirán. Algo de mucho valor, pues si había una cosa que ambos habían deseado siempre era que sus hijas encontraran el verdadero amor en su camino.

Duncan McRae estaba sentado en su despacho pensando en ello mientras observaba el crepitar del fuego en la chimenea cuando de pronto la puerta se abrió y apareció su esposa, Megan, su gran amor.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—¿La añoranza puede contigo? —insistió ella sentándose en su regazo.

Duncan al final asintió. Si había alguien con quien podía ser él mismo y hablar abiertamente de lo que fuera era su preciosa Megan.

—Todavía no entiendo cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo —musitó mirándola.

Ella sonrió al oírlo, y Duncan prosiguió:

—Hace nada, Johanna y Amanda correteaban por aquí volviéndome loco y haciendo trastadas, y ahora...

—A ver, cariño —lo cortó su mujer—. Si lo que te preocupa es que Amanda y Johanna ya no hagan más trastadas, olvídalas..., porque ¡eso nunca ocurrirá!

Ambos sonrieron por aquello y, acto seguido, Megan indicó:

—Da igual la edad que tengan. Nuestras hijas tienen un carácter especial, por lo que estoy segura de que, para tu fastidio, trastadas seguirán cometiendo.

—Lo sé. —Duncan rio sin poder remediarlo.

—Y tranquilo, papito. Tu niña y su marido vendrán de visita, y Amanda todavía sigue aquí.

—Sí, pero ¿hasta cuándo? —preguntó el guerrero.

—Hasta que aparezca ojitos grises —se mofó Megan.

Al ver su sonrisa, Duncan la besó con amor y, una vez que el beso acabó, ella susurró divertida:

—Cuando no estén, prometo hacer trastadas para que tu vida sea más intensa y desesperante.

—¡Lo exijo! —bromeó Duncan.

Tras besar de nuevo a la mujer que lo había enamorado locamente desde el primer instante en que la vio, el guerrero se dispuso a hablar cuando ella se le adelantó:

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Creo que no tardaremos mucho en tener correteando por aquí a un pequeño o dos, o tres... Solo hay que ver cómo se miran Johanna y Alan para saber que...

—Mujerrr...

Megan sonrió al oír el gruñido de su esposo.

—A ver, Halcón... —cuchicheó mirándolo—. Tu hija ya está casada. Tiene un marido. Y, por lo que sabemos y hemos oído, en el lecho lo pasan bastante bien...

—¡Megan! ¡Para!

—Y Amanda...

—Por san Ninian, mujer, ¡basta ya!

Ella sonrió. A pesar de poder hablar de cualquier tema con

Duncan, todo lo relacionado con el sexo con respecto a sus hijas le daba cierto pudor. Así pues, tras levantarse, se dirigió hacia la puerta y, abriéndola, finalizó:

—De acuerdo. No diré nada más... Pero que sepas que todo lo bien que tú y yo lo pasamos en el lecho y las cosas que hacemos, ¡ellas las harán también!

—¡Megannnn! —rugió él.

Y, sin más, la aludida salió sonriendo de la estancia mientras Duncan maldecía. Estaba claro que su mujer no se iba a callar. Y estaba claro que, a pesar de que le costase hablar de ello, él quería que sus hijas fueran felices y dichosas en todos los sentidos. Incluido el lecho...

Seguía pensando en ello cuando la puerta del despacho volvió a abrirse y entraron Ewen y Myles, sus amigos y hombres de confianza de toda la vida. Durante un rato estuvieron charlando, hasta que la puerta se abrió de nuevo y aparecieron Lorenzo Gordon y su hijo Damien. Esa mañana tenían una reunión para hablar del negocio de las ovejas, pues la lana del ganado de Duncan era muy apreciada en toda Escocia. Y, una vez que sellaron el pacto con un apretón de manos, Ewen se marchó, y Duncan y Myles sirvieron unas cervezas y se interesaron por la familia Gordon.

Los cuatro hombres charlaron animadamente durante un rato, hasta que la puerta del despacho se abrió y ante ellos apareció Amanda, la hija pequeña de Duncan. Morena. Racial como su madre.

—A ver cómo os lo cuento... —dijo mirándolos.

—Miedo me da —susurró Myles.

—¿Qué has hecho? —inquirió su padre.

—Algo me dice que su especialidad —se mofó Myles conteniendo una sonrisa.

La joven trató de no sonreír mientras miraba a aquellos, que la observaban. Su impulsividad a la hora de hacer o decir lo que en ocasiones debería callar era conocida por todos. Y en ese momento entró tras ella el hijo pequeño de Lorenzo Gordon, Arnold. Llevaba la boca ensangrentada, y rápidamente dijo señalándola:

—¡La muy bruta me ha agredido!

—¿A que te atizo otra vez? —soltó ella.

—¡Amanda! —exclamó Duncan.

Enseguida todos se levantaron de sus sillas para atender al muchacho. Y cuando Duncan miró a su hija en busca de una explicación, ella, con gesto ofuscado y sin mirar a su padre, inquirió sacándose la espada del cinturón:

—Mira, sabandija..., no empieces por el final. Si lo cuentas, sé un maldito hombre y cuéntalo bien desde el principio.

—Ha sido un malentendido —aseguró Arnold.

—¡Pero ¿tú eres tonto?! —gritó la joven.

Molesto, el muchacho la miró y siseó:

—¡Yo no soy tonto!

—Pues no digas tonterías —replicó ella.

Arnold negó con la cabeza, y Amanda, al ver que todos la miraban, aclaró mientras volvía a guardarse la espada:

—Vale, lo admito... Efectivamente, lo he golpeado con todas mis ganas, pero...

—¡Amanda! —protestó Duncan.

—Papá, le estaba enseñando a *Dalmore* en las caballerizas y, de pronto, el muy cerdo se me ha abalanzado y ha intentado propagarse poniendo la mano en mi trasero. ¿Qué querías que hiciera?

Las miradas se centraron ahora en Arnold. Duncan cambió la expresión por otra menos conciliadora, cuando Ewen, junto a otro hombre, entró en la estancia y afirmó:

—Amanda tiene razón. Yo lo he visto. Como lo ha visto Pach, vuestro hombre de confianza, Lorenzo.

Lorenzo y su hijo Damien miraron a Pach, que, con gesto serio y sin dudarlo, asintió con la cabeza.

—Arnold —inquirió Lorenzo con expresión tensa—, ¿qué tienes que decir al respecto?

El joven guerrero, acostumbrado a salirse siempre con la suya con respecto a las mujeres, no respondió, y su hermano Damien, con gesto incómodo, siseó:

—Es la palabra de tres personas contra la tuya... ¡Contesta!

Arnold tomó aire. Lo ocurrido lo avergonzaba al tiempo que lo enfadaba. ¿Cómo había reaccionado así aquella muchacha, si él era irresistible? Y, viendo que era imposible negarlo, respondió:

—Creía entender que...

—¿Creías entender? —lo cortó Amanda—. ¿Qué creías entender, maldito patán?

Todos aguardaron una respuesta en silencio por parte de Arnold y, como esta no llegaba, finalmente Amanda indicó acercándose de nuevo a él:

—A partir de ahora piensa un poco más lo que creas entender, porque partirte la boca es lo menos que he podido hacer, ¡sabandija! Y que te queden muy claras dos cosas. La primera: a mí me gustan los hombres, no los niños. Y la segunda: que una mujer hable y sonría no quiere decir que desee intimidad contigo. —Acto seguido se sacó un pañuelo del bolsillo de su chaleco y, tendiéndoselo, añadió—: Anda, límpiate esa sangre y pídemle disculpas.

—¿Qué?!

—Lo que has oído, ¿o acaso ahora también eres sordo, además de tonto? —insistió la joven.

—Muchacha...

—Lorenzo —lo interrumpió Duncan—, ¿acaso crees que lo que pide mi hija no es lo que toca?

El aludido resopló. Llevarse mal con el Halcón nunca era bueno, y, entendiendo sus palabras, ordenó dirigiéndose a su hijo:

—¡Pide disculpas!

Los hombres los observaron en silencio mientras Amanda era consciente de que las comisuras de la boca de su padre se elevaban tímidamente en una sonrisa.

—Hermano —intervino entonces Damien Gordon—, ¿a qué esperas?

Lorenzo resopló, cansado de las tonterías de su hijo menor. No era la primera vez que algo así ocurría.

—¡Hazlo, maldita sea, Arnold! —exigió con voz de «orden y mando».

El aludido cogió el pañuelo que Amanda le tendía, se limpió la sangre que brotaba del labio partido y, consciente de que de allí no iba a salir sin hacer lo que le pedían, murmuró:

—Os pido disculpas, lady Amanda.

La aludida asintió y respondió con jovialidad:

—¡Disculpado!

Todos guardaron silencio, hasta que Lorenzo, mirando a un ofuscado Duncan, murmuró:

—Siento que mi hijo...

—Las disculpas ya las ha pedido quien tenía que pedir las —lo cortó él—. Tranquilo, amigo, que entre nosotros todo está bien —añadió fulminando a Arnold con la mirada.

Ambos se estrecharon la mano con la cordialidad que siempre había existido entre ellos. Minutos después, Lorenzo, Damien y Arnold se marcharon; Duncan iba a hablar cuando Myles, que se había mantenido en silencio hasta el momento, se mofó:

—Muy bien, muchacha...

—Ni te imaginas el derechazo que le ha dado —comentó Ewen divertido.

Amanda sonrió.

—Pues porque ha caído para atrás —señaló—, porque tras el derechazo iba el izquierdazo y...

—¡Amanda!

—Papi..., se lo merecía sí o sí. ¿O acaso crees que no?

Duncan resopló. Ver a aquellos tres reír hizo que finalmente sonriera él también. Si algo había enseñado a sus hijas Johanna y Amanda era a defenderse de quienes se tomaran ciertas libertades, y estaba claro que aquel imbécil se las había tomado, por lo que dijo:

—Has hecho bien, mi cielo. Pero esa manía tuya de decir lo que...

—Es mi especialidad..., ¿qué quieres?

De nuevo todos sonrieron y, acto seguido, el guerrero afirmó mirando a su hija con amor:

—Como ha pronosticado tu madre, seguirás volviéndome loco con tus trastadas.

—Lo pronostico yo también —soltó Ewen.

Amanda levantó las cejas al oír eso, y su padre, abrazándola, añadió:

—Dicho esto..., has hecho lo que tenías que hacer. Quien te toque sin tu consentimiento que se atenga a las consecuencias, tanto por tu parte como por la mía.